

ENTRE LA PERSECUCION Y LA ESPERANZA

Crónica de otras seis semanas en la Arquidiócesis de San Salvador

La Iglesia católica celebró el 10 de abril la Pascua de Resurrección, pero en la realidad de nuestro país ha continuado la Semana Santa. Si en las funciones del culto se ha usado el blanco, color oficial del tiempo de Pascua, en el corazón de la Iglesia y del país sigue todavía el color morado de pasión.

Todos los salvadoreños conocen los hechos de esta Semana Santa de la Iglesia de la Arquidiócesis. En la imprenta del arzobispado estalló una bomba que destruyó parte del edificio e inutilizó la maquinaria. Se suceden las amenazas contra la YSAX, radio del arzobispado. Los poderes económicos han seguido en su campaña de prensa contra la Iglesia, contra los sacerdotes, los colegios católicos, los jesuitas, contra el Sr. Obispo Auxiliar Mons. Arturo Rivera y Damas y contra el mismo Sr. Arzobispo, Mons. Oscar A. Romero. Más virulentos aún, si cabe, son los ataques aparecidos en innumerables hojas volantes, en las que la calumnia y la difamación no tienen ningún freno. Se citan nombres concretos de sacerdotes a quienes se acusa falsamente de promover y dirigir la violencia en el país. Aumentan las amenazas de muerte a sacerdotes, catequistas y seglares comprometidos con la Iglesia. Cristianos de todos los estamentos sociales y eclesiásticos son encarcelados, como el Lic. Rubén Zamora, miembro de la comisión pontificia de Justicia y Paz, o como el P. Jorge Sarsanedas, S.J., quien es maltratado en prisión y expulsado del país sin que se le haya probado acusación alguna. El P. Alfonso Navarro muere asesinado dentro de su propio domicilio, y juntamente con él

el menor Luis Alfredo Torres, cuyo único delito consistió en abrir la puerta a los asesinos. Como símbolo trágico de hasta dónde puede llegar la irracionalidad y el ataque a la Iglesia, se han difundido hojas en las que se puede leer el trágico slogan: "Haga patria, mate un cura".

Esta Semana Santa de la Iglesia forma parte de la Semana Santa más generalizada de todo el país. Si en algo parecen estar de acuerdo todos los salvadoreños, aun cuando por diversos motivos, es que la situación de crisis ha llegado a su límite. Como símbolos de esta crisis está el secuestro del Sr. Canciller de la República, Ing. Mauricio Borjonovo Pohl y su trágico desenlace; el gran número de personas capturadas o desaparecidas en las últimas semanas; el trágico saldo de ocho muertos civiles y muchos heridos, entre ellos varios miembros de la Guardia Nacional en los enfrentamientos del primero de mayo; la invasión de tierras por parte de campesinos, quienes habiendo agotado todos los recursos legales y de diálogo se ven obligados a tomar un pedazo de tierra para poder subsistir, ofreciendo un alquiler adecuado por su arrendamiento; el encerramiento en la Iglesia del Calvario de familiares de presos políticos para llamar la atención a la opinión pública y pedir la puesta en libertad de sus familiares.

En toda esta situación la reacción de la Iglesia se puede estudiar desde una doble perspectiva: coyuntural y de fondo. Como respuesta a la coyuntura la Iglesia ha actuado clara y humanitariamente. El

Sr. Arzobispo aceptó la mediación en el litigio de tierras, uno de los cuales fue resuelto satisfactoriamente; aceptó la mediación entre la familia del Sr. Canciller y sus secuestradores; ofreció sus servicios a la Cruz Roja ante los acontecimientos del primero de mayo. Al nivel doctrinal y profético ha pronunciado numerosos documentos, como el Comunicado conjunto del Sr. Arzobispo y del clero del 5 de mayo, y tres memorables homilias del 8, 11 y 12 de mayo en las que se analiza la situación nacional, se desmiente las calumnias contra la Iglesia, se denuncia sin ambigüedades el pecado, se condena la violencia y se proclama patéticamente el valor supremo de la vida humana.

Para el observador de fuera pudiera parecer que las acciones y manifiestos de la Iglesia en esta coyuntura no han sido más que librar una batalla en su propio favor, una batalla por su supervivencia, por la permanencia en el país de sus sacerdotes, por sus derechos e integridad física. Este enfoque, sin embargo, es demasiado simplista y no es adecuado para descubrir lo que de profundamente cristiano y humano está significando la acción de la Iglesia.

La Iglesia no está meramente defendiéndose de la persecución desencadenada contra ella, no está meramente tratando de demostrar una fuerza que obligase a sus perseguidores a dejarla en paz. A la Iglesia no le interesa ni le puede interesar ganar una batalla por su supervivencia, pues su propia vivencia, su propia razón de ser no está en ella misma, sino en la humanización de los hombres, en la construcción de nuestro país del reino de Dios, de la fraternidad, de la justicia y de la verdad. Si esto no ocurriera, si los derechos fundamentales de los salvadoreños fueran conculcados, si sus vidas estuvieran en peligro, si la miseria siguiese siendo el destino de la inmensa mayoría, si la injusticia y la irracionalidad imperasen en el país, la Iglesia no habría ganado ninguna batalla, aun cuando a ella se la respetase, y se respetase a sus sacerdotes y catequistas, colegios e instituciones.

Lo profundo de la acción de la Iglesia en esta situación límite y extrema del país no depende del resultado del actual confrontamiento con otros poderes. A corto plazo puede ganar o perder en este enfrentamiento. Lo profundo consiste en la claridad y nitidez con que está defendiendo aquellos valores fundamentales del ser del hombre y del ser de la sociedad.

Entre los valores fundamentales que la Iglesia está defendiendo estos días se nos ocurre que el primero es devolver el valor a la palabra. Si algo se ha devaluado en nuestros días, si algo se ha hecho irrecognocible es el valor de la palabra humana. En pren-

sa, radio, televisión y hojas volantes se pueden leer las más sorprendentes declaraciones sin que en muchos casos nadie se tome la más mínima molestia en probar la verdad de lo que se afirma. Se puede decir con toda impunidad que un sacerdote ha organizado el primero de mayo, que otro sacerdote portaba armas, que Medellín es más marxista que Marx, que el Sr. Arzobispo es cómplice con la guerrilla. La palabra, vehículo primario de la verdad, parece ahora estar más allá de la verdad y de la mentira, parece convertirse en algo autónomo, que no necesita más justificación de su verdad que el ser dicha o escrita.

Además, la palabra, que es la autoexpresión del hombre y de grupos sociales, aparece muchas veces como la palabra anónima, la palabra fantasma, firmada por personas o asociaciones que nadie conoce. No es ya la palabra del hombre, que a través de ella se expresa, sino la palabra que representa intereses. La palabra, modo primario de expresión del hombre, de comunicación entre hombres, y presupuesto para la construcción de la sociedad se ha devaluado hasta límites insospechados.

En este contexto la Iglesia ha proclamado otro tipo de palabra. Ha dado cuenta de lo que dice, ha probado lo que afirma y ha firmado lo que escribe. Y de esta forma está devolviendo el valor a la palabra. Esto no es casual, pues proviene de sus más profundas raíces cristianas. La fe cristiana está basada en el Dios de la palabra y en la palabra de Dios, que como decía el P. Rutilio Grande es "limpia y clara"; y está basada en Jesús, a quien el Nuevo Testamento describe como la palabra por antonomasia. Por ello mientras la Iglesia sea fiel a sus raíces será también, como lo está siendo ahora, el guardián y salvaguarda del valor de la palabra.

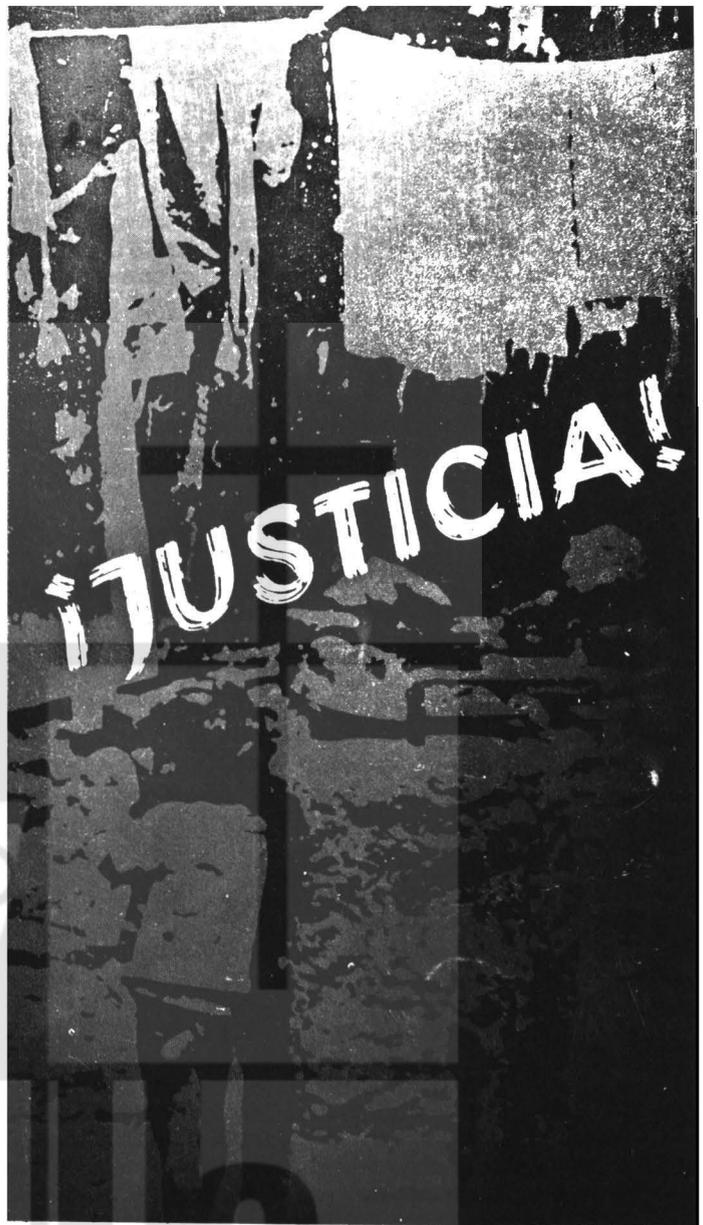
La Iglesia está devolviendo además el sentido primario de lo que es pecado. Desde siempre la Iglesia ha predicado que hay pecados y las leyes civiles han sancionado muchos actos como delictivos. Pero en estos días la Iglesia está recordando la verdad del pecado y en que consiste su profunda malicia. Pecado es aquello que da muerte a los hombres, o bien violentamente o bien lentamente a través de estructuras injustas. Lo profundo del pecado no consiste en violar una ley, divina o humana, sino en dar muerte al hombre. Y eso lo sabe la Iglesia y lo predica porque el pecado es lo que dio muerte a Jesús, el Hijo de Dios, y es lo que sigue dando muerte a los hijos de Dios. Y ha recordado que el mismo pecado es dar muerte al Sr. Canciller, a un sacerdote o al más desconocido de los campesinos; pues el valor de la vida humana no se mide ni por la posición social, ni por la capacidad económica, ni por el número y tamaño de esquelas, sino por el hecho fundamental de ser hombre, de ser amado por Dios y ser capaz de

amar a los demás.

La Iglesia está devolviendo el sentido innato de la justicia y de la ley. Es evidente que en cualquier tipo de sociedad tiene que haber leyes que regulen y posibiliten la convivencia social. Pero lo más profundo de la justicia no está en el cumplimiento de las leyes y su coacción; lo más profundo está en los mismos presupuestos que hagan de las leyes leyes justas y de su coacción un modo eficaz de hacer justicia. La Iglesia sabe que en último término no es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre, y por esta razón y en este sentido el Sr. Arzobispo ha repetido que no es el hombre para la ley, sino la ley para el hombre. En la mejor tradición bíblica y cristiana hacer justicia es hacer al hombre más hombre, y más en concreto defender al pobre y al desvalido para que puedan vivir con la mínima dignidad de hombres. En la misma historia de la humanidad, en sus raíces más antiguas, la labor de quien imparte justicia se origina y se justifica como defensa del débil, pues los poderosos no necesitan de tales defensas. La Iglesia por lo tanto, defiende sí el cumplimiento de las leyes, de sus propias leyes eclesiásticas y de las leyes civiles, pero afirma que más importante que las leyes es su presupuesto: la justicia real, sin la cual las demás leyes carecen de sentido. Por ello el Sr. Arzobispo se prestó gustosamente a mediar en el problema de la toma de tierras, pues éste no se resuelve en último término aferrándose sólo a la legalidad existente, sino cuando realmente todos, los amos de las tierras y los campesinos que allí se han instalado, tengan tierra para subsistir.

La Iglesia está devolviendo el sentido de la historia. Frente a una concepción anecdótica de la historia, que sólo se fija en hechos concretos, por lamentables y trágicos que éstos sean, la Iglesia recuerda sus verdaderas causas. Que las consecuencias de las estructuras actuales son violentas y trágicas no hay nadie que lo pueda negar. Las bombas, las difamaciones, los secuestros, los desaparecimientos, los asesinatos son realidades trágicas que nadie niega. Pero frente a esto la Iglesia recuerda que la historia no es meramente lo que sucede, sea agradable o trágico, sino que es el producto de lo que los hombres hemos hecho de la historia, de las estructuras que los hombres hemos creado. Y por ello repite, aun cuando su voz suene como voz que clama en el desierto, que mientras no se analicen las causas de la presente situación y no se cambien las estructuras que la originaron, seguirá siendo ineficaz cualquier medida que se dirija sólo a evitar las consecuencias.

La Iglesia está devolviendo el sentido del futuro. Las repetidas condenas de la venganza como modo de restablecer el orden social es ciertamente la expresión de una conciencia ética y la expresión de



la sabiduría histórica acumulada de que la violencia institucionalizada engendra la violencia coyuntural, y de ahí surge la espiral de violencia. Pero en la condena de la venganza hay todavía algo más profundo. Vengarse no es otra cosa que querer restablecer un orden según el esquema simplista del premio y castigo. Supone que existe un orden eterno que hay que restablecer cuando se ha violado. Es la concepción histórica que da la primacía al pasado, al origen. La Iglesia tiene otra visión de la historia. Lo decisivo no es salvaguardar el pasado sino crear el futuro. La más profunda malicia de la venganza es querer anclar al hombre en su pasado, juzgarle por lo que ha sido y cerrarle todas las puertas del futuro. El vengador es el hombre del pasado, el cristiano es el hombre del futuro. Y por ello la Iglesia condena la ven-

ganza, porque su misión es abrir futuro a los hombres.

Por último, en estos momentos sobre todo de profunda crisis, la Iglesia está devolviendo al pueblo la esperanza. Que esa esperanza no es ingenua se lo recuerda la miseria de la realidad, la sangre derramada de tantos salvadoreños e incluso de sus sacerdotes. Sin embargo la Iglesia pronuncia una palabra de esperanza. Afirma que en el amor, en la justicia, en la solidaridad con los pobres hay un germen de dignidad humana y de sentido profundo que apuntan a una plenitud. En la misa del funeral del P. Navarro, después de la confesión pública de los pecados, un sacerdote se adelantó al micrófono y dijo: "Estamos delante de un cadáver, pero como somos cristianos cantemos el Gloria"; y se entonó el "gloria, gloria, alehuya". En medio de la tragedia actual y a pesar de los agoreros de toda índole, la Iglesia sigue pronunciando una palabra de esperanza, sigue creyendo en la plenitud final y sigue creyendo en la posibilidad de que ya en este mundo "coman juntos el lobo y el cordero" (Is 11, 6), en la posibilidad de que "las espadas se tornen en podaderas y las lanzas en azadones" (Is 2, 4).

Esta nos parece ser la verdadera batalla que está librando la Iglesia. No se trata principalmente de defenderse de ataques, de evitar que siga la persecución, ni de vencer sobre nadie. Se trata de recordar con claridad y nitidez aquello profundo sin lo cual ninguna victoria, sea de quien fuere, podrá tener sentido. La Iglesia está luchando por devolver su valor a la palabra, su sentido al pecado, a la justicia y a la

ley, por descubrir el sentido de la historia y del futuro, por dar una esperanza a los que no la tienen.

En esta lucha es fiel a sí misma, pues su misión no es otra que la de humanizar al hombre, la de ayudarlo a superar la concepción animal e instintiva de las cosas, la de ayudarlo a encontrar en lo profundo de su corazón aquella verdad que se impone por sí misma, pero que está ahogada y oscurecida por los propios egoísmos y por las estructuras en que esos egoísmos cristalizan. Y en esa misión es a la vez profundamente cristiana, está siguiendo los pasos de Jesús, y está dando el verdadero y genuino culto a Dios; pues como ya decían los primeros cristianos "gloria Dei, splendor hominis": la verdadera gloria de Dios es la plenitud del hombre.

La Iglesia desea que nuestro país supere la crisis actual, quiere que se restablezca, el orden y la justicia; quiere, además, que a ella también se le permita unirse a todas las fuerzas realmente interesadas en la construcción de un país más justo, y quiere que se la entienda y que cese por lo tanto tanta difamación y persecución contra ella. La Iglesia quiere ganar también "su" batalla, pero aunque la perdiera creemos que ha ganado "la" batalla fundamental, pues la historia recordará que en los momentos de mayor crisis en el país, con todas sus limitaciones y yerros, la Iglesia humanizó al país con la limpieza de su palabra, la honradez de sus acciones, la fortaleza en el sufrimiento y la opción por los desposeídos.

G. L.